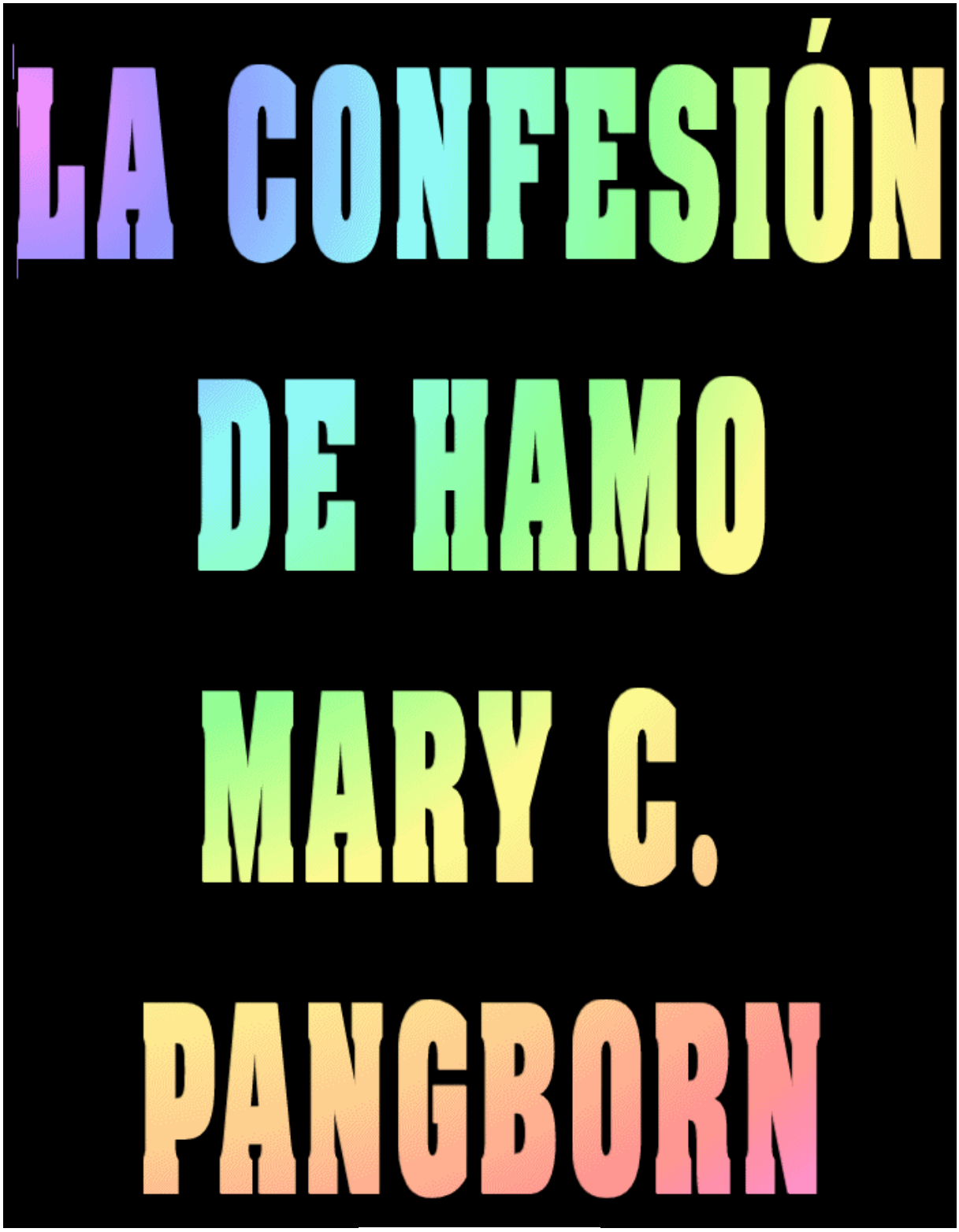
La confesión de Hamo
MARY C. PANGBORN



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

En la Europa medieval no todo eran caballeros, princesas, brujos, espadas y grandes aventuras. Había un número muy superior de aventuras que no tenían nada de elevado o de grande, y en las que estaban mezclados salteadores de caminos v *bribones, reyertas y maldiciones. La historia que presentamos a continuación muestra algunas de las peores maldiciones que pueden existir.*

Durante toda su vida, Mary C. Pangborn ha escrito por puro placer, pero sólo con posterioridad a su jubilación ha permitido que alguien más lea sus relatos, los cuales han aparecido en Universa' y New Dimen-sions.[2]

1. Serie de antologías de relatos inéditos, compiladas por Terry Carr. Las cinco primeras han aparecido en castellano bajo el título de *Universo,* publicadas por la editorial Adiax (Buenos Aires. 1977-78. y Barcelona, 1982).
2. Serie de antologías de relatos originales, compiladas por Robert Silverberg. las dos primeras han sido publicadas en castellano como *Nuevas Dimensiones* por la editorial Adiax Barcelona. 1982).

Escribid cuanto os diga, hermano Albertus. y que el diablo se os lleve en volandas si es que alguno de vosotros pretende torcer mis palabras para desviarlas de su auténtico significado. Si os place, podéis hacer que suenen mejor gracias a vuestra familiaridad con los libros, pero la verdad ya es bastante extraña; así que nada de vuestras florituras y rodeos monjiles para hacerla más grande o más pequeña de lo que es. Estaré cuarenta días en el santuario: tenemos tiempo más que suficiente.

Sí. me confieso culpable de haber arrebatado una vida, aunque no admito que fuera un asesinato, no, pues jamás tuve intención de hacerle daño a ese gordo y estúpido mercader, sólo pretendía aliviarle de una parte de todo aquello que no necesitaba. ¿Cómo podía yo saber que su cráneo era frágil cual un huevo? Pero fue un robo cometido en el camino real y por eso me ahorcarán. No pienso someterme a ese castigo. Cuando mis cuarenta días hayan terminado, abjuraré del reino tal y como manda la ley y me internaré cada día en el agua salada hasta que venga un barco para llevarme lejos. Hay tiempo suficiente.

¿No veis necesidad alguna de que mis palabras sean consignadas por escrito? Ah, señor, ya la veréis, os lo prometo. Lo que tengo por decir podría ser ridiculizado como una mera invención si sólo hubiera mi palabra para dar fe de ello, pero cuando esté sobriamente escrito en tinta sobre un buen pergamino, entonces será conocido como la verdad. Algo más debo deciros, buen padre: pesa sobre mí un pecado terrible, y para contarlo debo acercarme a él poco a poco, temblando y lleno de miedo; tened paciencia conmigo hasta entonces, pues quizá me hagan falta muchas palabras para dejarlo todo en claro.

Según me han dicho, nací el mismo año que nuestro valiente rey Guillermo, quien tantos franceses mató en la gran batalla de Agincourt. de la
cual hace unos tres años. Y dicen que su graciosa persona tenía veinte años y ocho más de edad cuando luchó en esa batalla. Dios no me permitirá pronunciar mi pobre nombre con el mismo aliento que el del rey, pero puedo decir que me considero tan inglés y tan libre por mi nacimiento como él, los santos le guarden. Así pues, tengo tiempo por delante hasta que pueda contar dos docenas de inviernos; todavía no estoy listo para que me cojan y me cuelguen por el cuello. Y espero que os sea posible pensar igual que yo en cuanto a esto, pues no podéis tener muchos años más que yo. aunque estéis algo más grueso.

¿Dónde estaba? Oh. cierto, en mi nacimiento. Hamo de York me llaman, y algunas veces me llaman Hamo el Rojo, por mi cabello. Tenía unos doce años cuando murió mi madre, y me cansé de servir en las cocinas de la mansión de mi señor, y me escapé de ella. Dudo que me consideraran lo bastante valioso para perseguirme; no era más que un chiquillo flaco, perezoso y siempre buscando pendencia. Aquí tenéis un buen puñado de pecados para empezar: pereza y maldades y desobediencia, pues huí de mi justo señor. Ah, bien, todavía vendrán cosas peores.

No hay mucho que contar de mis primeros años en el camino antes de que encontrara a Tom: mendigar, unos cuantos latrocinios, echarle una mano a los juglares en las ferias...; a veces, incluso llegué a trabajar si tenía mi vientre lo bastante vacío. No era una mala vida. Anduve por todo el reino antes de haber cumplido los veinte años, desde Lands End hasta Berwick y por todo el camino hallé cálida acogida, tanto por parte de jóvenes doncellas como por parte de honestas esposas...

Vamos, hermano, con todo mi respeto, ésa es una pregunta muy tonta. ¿Corno podía yo saberlo? ¿Acaso alguna vez llegué a permanecer en un sitio más de dos meses para que vos penséis en nueve? ¿Cómo puede un hombre adivinar cuántas criaturas ha engendrado? No me sorprendería nada saber que Inglaterra está bien sazonada de mis pelirrojos. Pero os puedo jurar, con cualquier juramento que os plazca, que jamás tomé a una mujer contra su voluntad y su consentimiento. Siempre estaban dispuestas, y siempre quedaban contentas conmigo. No pienso hablaros de ninguna en particular. Así pues, ahora me confieso culpable del pecado de la lujuria, *mea máxima culpa, y* que una confesión valga por todas.

Pero esto no es todo lo que vuestro abad espera que yo pueda contaros.

Cuando me arrodillé ante él suplicándole santuario, el noble abad me recibió con inmensa bondad, y su paciencia al oírme confesar el crimen de mi robo fue incalculable. Nada dijo de eso: se acarició su santo mentón, me contempló pensativo y dijo:

— Me han contado que pasaste algún tiempo viajando con un hombre conocido como Moisés el Mago. —Y yo dije que esto era cierto, pues ¿cómo podía yo negar el nombre de mi amigo'? Luego, él me dijo—: Se rumorea que este hombre, que se califica de mago, ha hecho un estu-

dio del arte de la alquimia, la búsqueda del Elixir llamado por algunos la Piedra Filosofal.

Y, dije yo una vez más. tal rumor es cierto. Luego no añadió nada a lo dicho, salvo que me prometía que yo recibiría santuario, y enviaría un confesor para que me asistiera en la tarea de limpiar mi alma del pecado. Y por esa merced, y especialmente por haberos enviado a mí, siento la más profunda y humilde gratitud. Resultaría presuntuoso por mi parte suponer que puedo leer en los santos pensamientos del abate, pero tuve la impresión que. según él. saber algo de la secreta obra alquímica podía resultar un peso excesivo para un alma tan sencilla como la mía, y que sólo librándome de tal carga, y entregándosela a quien fuera demasiado santo como para dejarse corromper por ella, me era posible tener esperanzas de salvarme. Por lo tanto, si os limitáis a escuchar mi confesión y ponerla por escrito tal y como os pido, os revelaré, y a través de vuestra persona se lo diré también al oído del abad, todo cuanto sé sobre la fabricación del oro.

Dejad que os hable antes de Moisés el Mago.

Cuando le encontré por primera vez. ya había adoptado ese nombre pero fue bautizado como Tomás: Tom O'Fowey. natural de Cornualles. Quizá sepáis que allí tienen un lenguaje propio que no se parece al de ningún otro sitio; y. al oírlo, puede haceros dudar de que os encontréis todavía en Inglaterra. Cuando me uní a él. se dedicaba básicamente a la magia del tiempo y resultaba maravilloso oírle hablar rápidamente en su extraña lengua, mientras todos le miraban boquiabiertos. Si alguien que oliera a bailio se acercaba, era capaz de cambiar inmediatamente al latín de los sacerdotes. Le habían criado para ser sacerdote hasta que él decidió que esa vida no le convenía, y sabía más de las cosas del clero que la mayoría de éste, sin que pretenda ofenderos con ello. Lo cierto es que los espíritus que se encargan de traer el viento y la lluvia deben entender la lengua de Cornualles, pues lo que Torn decía del tiempo normalmente era verdad.

Sabía cómo imponerse; es alto y delgado, con una nariz fuerte y curvada cual pico de ave, y cuando aparecía como Moisés llevaba un parche negro sobre un ojo. La gente murmuraba que había sacrificado ese ojo en un pacto con algún espíritu maligno, a cambio de conocimientos secretos. A veces, corríamos peligro de ser acusados de brujería, y los hombres del bailio empezaban la búsqueda de un hombre alto y moreno, con un solo ojo. Cuando nos encontraban, era yo quien llevaba el parche, un inofensivo y delgado mendigo pelirrojo, mientras que Tom tenía sus dos grandes ojos bien sanos y enteros, llenos de solemnidad, nada más que un devoto peregrino pasando su rosario. De ese modo. los hombres que les habían dado esa descripción eran amonestados y cubiertos de vergüenza. Una vez escapamos por muy poco, pues los hombres del sheriff me arrancaron el parche del ojo. pero retrocedieron a toda prisa, apartando la vista, con expresión de terror y lanzando maldiciones, al ver que mi ojo estaba horriblemente enrojecido y parecía muy peligroso. Jamás viajábamos sin llevar encima una cebolla.

La magia del tiempo no era nuestro único negocio: también comerciábamos con las drogas y las mezclas de hierbas, y algunas veces incluso disponíamos del muy preciado alicornio que, como sabéis, es el cuerno del unicornio reducido a polvo; una potente cura contra todos los venenos. Hay canallas sin entrañas y sin consciencia capaces de venderos una mezcla de cal y polvo a la que llaman aücornio. Nosotros jamás hicimos tal cosa, aunque no niego que quizá

mezcláramos la sustancia germina con otras, para que nos fuera posible tener suficiente para todos. Un día de mercado instalamos nuestro tenderete, y Tom estaba gritando los precios y las mercancías con su fuerte vozarrón, mientras que yo iba y venía entre la gente para recoger su dinero.

— Aquí está —grita él — , ¡el único y auténtico alicornio. el único remedio que hay para todos los venenos, que los valerosos marinos os traen, corriendo grandes peligros, de lugares extraños y remotos! —Luego les suelta una buena tirada en la lengua de Cornualles para que vean cuan extraños y remotos son esos lugares—. Aquí podéis ver un pedazo del mismísimo cuerno... ¡acercaos, amigos, tomadlo, vedlo por vosotros mismos!

Y entonces me fijé en un hombrecillo que se encontraba algo separado de la multitud, y que se reía. Tom también le vio y le dirigió todo su discurso en la lengua de Cornuailes, y cuando volví a mirar en esa dirección el hombre ya no estaba. Pensé que se habría asustado.

El alicornio se paga bien y nosotros vendimos todo el que poseíamos, así que estábamos gozando de una buena cena caliente cuando de repente apareció el mismo hombrecillo de antes, sonriendo y haciéndole inclinaciones de cabeza a Tom.

— Que tengáis un buen yantar, maese Moisés —dice — . ¿No os gustaría beber algo conmigo?

Tom le estaba mirando con el ceño fruncido y yo contuve el aliento, pues Tom puede ser temible cuando esta rabioso: el soplo ardiente de su ira os haría volar hasta lo más alto del campanario de la iglesia, aúneme de repente el sol vuelve a salir, y e! se ha convertido otra vez en vuestro buen amigo. Pero esta vez se limitó a gruñir un poco.

-¿Eres de Cornualles? —pregunta, como si eso no le gustara nada.

El hombrecillo se pone el dedo en la nariz y ladea la cabeza, como si tuviera que pensar en la respuesta.

— No exactamente -dice — , pero algunas de las palabras las conozco, sí. Me llaman .Jamie el Negro, a vuestro servicio.

Iba vestido de negro, y puede que en tiempos hubiera tenido el cabello negro, pero el poco que le restaba era todo blanco, apenas un mechón que asomaba erizado sobre cada oreja. Tenía el rostro flaco y afilado, con la nariz y e! mentón que os apuntaban cual cuchillos, y unos ojos diminutos de ningún color en particular, que parecían estar siempre emboscados y acechando. Pese a todo, nos habló con calma y en tono amistoso; Tom le ofreció nuestra sal y él cogió un poco con mucha ceremonia, para demostrar que no pretendía hacernos daño alguno. Poco a poco, la conversación se fue animando a medida que la buena cerveza nos calentaba, y no tardamos en ver que era uno de los nuestros, los compañeros del camino.

—¿Sois un poco erudito, maaese Moisés? —preguntó Jamie.

—¿Cómo lo sabes? —contestó Tom.

—Vaya, amigo mío, sois demasiado modesto; se os conoce mejor a lo largo del camino de lo que pensáis. —Jamie le guiñó el ojo. Luego hurgó en su faltriquera y sacó de ella un librito, sucio y viejo, que apenas consistiría en una docena de páginas cosidas una a la otra. Lo sostuvo en su mano izquierda, enseñándolo —. Apostaría a que sois capaz de leerlo —dice.

Tom cogió el libro, gruñendo y refunfuñando, y lo puso de modo que la luz de la antorcha que había sobre la chimenea cayera en él.

— Cierto, puedo leer las palabras —dice—. Es alquimia, eso puedo entenderlo.

Habíamos oído hablar de la alquimia; teníamos amigos en el camino que vivían muy bien gracias al arte, del modo que ya os contaré.

—Palabras —dice Jamie—. Una fuerte magia en grandes y complicadas palabras, maese

Moisés, y nadie lo sabe mejor que vos mismo.

Lo sabíamos. Tom estaba intentando pronunciar esas complicadas palabras, saboreándolas y dándoles vueltas en su lengua, y Jamie el Negro observaba atentamente su cara.

—Seré honesto con vosotros, amigos míos —dice Jamie (¡y desde luego que deberíamos habernos puesto en guardia cuando dijo eso!) — . He aprendido todas las palabras que hay en ese libro. No lo necesito y si lo deseáis puedo vendéroslo por un penique de plata. Y no podéis perder nada, pues si luego descubrís que con eso no habéis hecho un buen trato, os lo volveré a comprar por dos peniques la próxima vez que nos encontremos.

—Entonces, ¿piensas que volveremos a encontrarnos? —le pregunté .

—Será cuando Dios disponga —contesta él. y lo dijo con mucha solemnidad, pero me di cuenta de que jamás había hecho la señal de la cruz.

Tom le dio un penique por el libro y no recuerdo que nos despidiéramos del hombrecillo; cuando se nos ocurrió pensar de nuevo en él. ya había desaparecido.

Pasamos unos cuantos días estudiando el libro. Tom leyendo las palabras y yo guardándomelas todas en mi memoria, y desde luego es cierto que jamás hubo libro alguno que contuviera más finos tesoros y palabras tan complicadas, todo lo cual valía mucho más que un penique. Pero aun así no bastarían, como ambos sabíamos, y yo dije:

—Todo esto me parece muy bien. Tom. pero hace falta oro para hacer oro.

— Lo sé —dijo, y suspiró—. Ah. ojalá tuviéramos un pedacito de oro.

Todo el mundo sabe bien el cuidado que se debe tener al pronunciar esa palabra, «ojalá», pues nunca hay modo de saber qué o quién le puede estar escuchando. Pese a todo, puedo jurar que Tom sólo pronunció esa inocente palabra, por lo que no hay modo de explicar lo ocurrido a no ser. quizá, que la mano de Jamie el Negro andará en ello. Pues al día siguiente nos encontramos con un hombre muerto al lado del camino. Por su atuendo debía de ser un devoto peregrino y estaba tendido en postura muy pacífica, con las manos cruzadas sobre el pecho y sin una sola señal; se podía ver que. sencillamente, le había llegado la hora de morir allí donde estaba. Tenía la faltriquera vacía y en el cuello llevaba una sencilla cruz de oro sujeta a una cadena.

No me gustaba mucho la idea de quitarle la cruz.

--Estoy seguro de que debe ser la devoción lo que importa, no el oro — dijo Tom.

Cogió nuestra crucecita de madera, que había sido bendecida por Nuestra Señora de Walsingham. y se la puso al muerto en vez de la de oro; v proseguimos nuestro camino. Me pareció que el intercambio era honrado y no le habíamos hecho daño alguno al muerto. Y puedo jurar que ninguno de los dos albergábamos ideas pecaminosas, como llamar a los poderes oscuros para que nos ayudaran... al menos, no entonces.

Sea como fuere, logramos ganarnos bien la vida con las poderosas palabras de nuestro libro, mientras duró el oro del peregrino.

No me sorprendería que hubierais oído algo sobre el modo en que se hace esto, hermano. Debéis encontrar un patrono, alguien que esté bien provisto de bienes mundanos, pero que aun así crea no tener los suficientes; un burgués bien gordo resulta adecuado, o también el bailío de un gran señor.... pero será mejor que os mantengáis alejado del señor, pues le resulta demasiado sencillo aplastaros cual a un piojo entre el índice y el pulgar si no le dais satisfacción. Así pues, cuando habéis hallado a vuestro hombre, empezáis a charlar con él muy tranquila y lentamente, sin tener prisa alguna, hasta que por fin podéis daros cuenta de que ha quedado fascinado; tenéis que discursear sobre la *lunificación.* la *tintura* y la *fijación,* así

como también sobre la *dealbación*| sobre los nombres secretos de Júpiter y Saturno, el Cuervo Negro, el Águila Blanca, el Rey y su Hijo, la Serpiente que se traga la cola, y sobre muchas más cosas aún; de este modo no le cabrá duda alguna de que sois un adepto y hábil en las artes del Este misterioso Debéis entender que teníamos una gran ventaja en esto, pues si había algún peligro de que nos entendieran demasiado claramente. Tom no tenía más que hablar un poco en su lengua de Cornualles.

Luego, vuestro hombre debe construir el horno y aprovisionarse de alambiques, crisoles y muchas sustancias raras; durante todo ese tiempo vos vivís cómodamente en su casa, durmiendo sobre blando y comiendo bien, y si no sois capaces de guardaros algo cuando vayáis a comprarle sus materiales, entonces será mucho mejor que escojáis otro oficio.

Pero no podéis dejar que esto se prolongue demasiado; llegará un
día en que deberéis probar vuestro arte. Tenéis que dejarle poner un poco de plomo en el crisol, y luego arrojad un pellizco de esto y un puñado de lo otro, lo que mejor os parezca; y finalmente tenéis que sacar vuestro polvo mágico. Un polvo negro va bien; se puede usar el del carbón, añadiendo una buena cantidad de polvo de plomo, y quizá también la sangre seca de un gallo blanco. Deberíais dejar que lo pusiera todo él con su mano, asegurándoos de que lo echa todo rápidamente y luego, sin el menor retraso, tenéis que sellar el crisol con arcilla húmeda y colocarlo dentro del horno tanto tiempo como os plazca. Después de que se haya calentado el recipiente y se le quite toda la ganga que se ha fundido, habrá una pepita de oro en el fondo y. ¿por qué no tendría que haberla, si en vuestro polvo mágico había un pedacito de oro cubierto con cera ennegrecida?

Y bien, vuestro patrón está feliz y vos también lo estáis. Podéis intentarlo otra vez. y el segundo fragmento de oro puede ser un poco más grande que el primero. Pero entonces, ay, sólo os queda un poco de polvo mágico y tenéis que hacer un largo y costoso viaje para encontrar los ingredientes necesarios para fabricar más. Se mostrará ansioso para ayudaros en vuestro trayecto y vos. generosamente, le daréis todo el polvo que os queda, con muchas y difíciles instrucciones sobre el modo de usarlo, de tal modo que empiece a desesperar de conseguir el éxito cuando vos llevéis ya mucho tiempo fuera de su casa.

Sí. ya sé que ésta no es la forma de hacer oro que desea aprender vuestro abad, pero recordad lo que se ha dicho: «Benditos son los pacíficos, pues ellos tendrán paciencia hasta el final de la historia». No desearéis que omita ninguna de las fechorías en mi confesión, ¿verdad? Y antes de que me impongáis una pesada penitencia, hermano, pensad un poco; este valioso patrono del que os hablo ha gozado de una rara y maravillosa aventura y ha tenido gran placer con ella. ¿No ha recibido acaso todo el valor de su dinero?

Bien, así fueron las cosas. Llegó el momento en que se nos agotó la provisión de oro y nos sentamos ante nuestra hoguera, junto a un camino solitario, para meditar sobre lo que podríamos hacer luego. No vimos llegar a Jamie el Negro, pues quizá salió de entre la sombra de los árboles; pero ahí estaba.

— Bien hallados, amigos —dice, sentándose ante nuestro fuego sin pedirnos permiso.

Las sombras que bailaban en él convertían en cuernos sus dos mechones de pelo. Alargó su mano izquierda hacia el calor del fuego... sólo esa mano, y recordé que era zurdo, algo que trae la mala fortuna. No estábamos muy contentos de verle, pero no lo demostramos, y pronto nos estuvimos pasando del uno al otro nuestro frasco de cerveza y conversando sobre las costumbres del camino. Eramos jóvenes y fuertes y él estaba solo, por lo que no vimos razón alguna para tenerle miedo.

— Imagino que le habréis sacado buen provecho a vuestro libro —dijo pasado un rato—. ¿No querréis acaso volvérmelo a vender?

—No, no queremos —dice Tom.

—¡Ah. podría apostar a que lo habéis usado bien! Pero, amigos, ¿no

habéis pensado alguna vez en el arte auténtico que yace oculto tras todas esas letras?

—Puede que hayamos pensado en ello —dije yo y Tom frunció el ceño.

Pero no hacía falta brujo alguno para suponer que se nos podía haber ocurrido tal idea. Pues ¿quién puede afanarse tanto con todos esos misterios sólo para que gentes como nosotros tengan ocasión de practicar sus engaños? No. sabíamos que en ello debía existir cierta verdad. Cuando habíamos discutido sobre ello, Tom siempre dijo que el secreto estaba enterrado a demasiada profundidad para nosotros. Yo no estaba tan seguro.

—De todos modos, os hará falta más oro —dijo Jamie el Negro.

—¿Y a quién no? —replica Tom, con cierta sequedad, y Jamie rió con un chirrido menos oxidado en el que no había alegría alguna, un so nido que no me gustó ni pizca.

—¡Ah, muy cierto! —dice él — . Y hay más de un modo para conseguirlo, ¿estoy en lo cierto?

—Eso he oído —dice Tom.

Jamie el Negro bostezó, como un hombre que nada más tiene por decir y sólo piensa en el sueño, y luego, como si se le hubiera escapado por distracción, dice:

— Bueno, están los viejos túmulos y el oro rojo que hay en ellos. Hay gente que os contará que esos sitios son las entradas al País de las Hadas, y si conocéis el hechizo adecuado podéis atravesarlas y pasar una jornada entera de placeres en la corte de una hermosa reina de los elfos, pero cuando salgáis de ahí descubriréis que han pasado cien años y todos vuestros amigos han muerto. Otros dicen que sólo son los cementerios de los viejos paganos, y que cualquiera capaz de recitar el padrenuestro no les debe tener miedo, y hay hombres que han cavado en tales túmulos con pico y pala, encontrando viejos huesos y, algunas veces, oro rojo. Jamás oiréis contar que esos hombres disfrutaran de vidas largas y dichosas.

— Es bien sabido que ese oro está maldito —dije yo.

Jamie volvió a bostezar, y se estiró sobre la hierba dando la espalda al fuego.

— Ah —contesta él —. eso se debe a que la gente ignora cómo apoderarse de él sin correr peligro. Podéis reíros, amigos míos, pero yo pienso ir a uno de esos sitios, y si queréis acompañarme puedo enseñaros el camino.

Un instante después estaba roncando, y el oírle nos hizo estar algo más tranquilos. Un ronquido es cosa natural y que recuerda el hogar; no se puede tener miedo de un hombrecillo casi calvo que hace ruidos tan cómicos durante el sueño.

Al día siguiente fuimos juntos por el camino, y Jamie el Negro nos mantuvo alegres con canciones e historias de los viejos tiempos, pero jamás pronunció palabra alguna sobre él o sobre lo que hacía y, sin que sepa muy bien cómo fue, se nos olvidó preguntarle qué clase de hombre era. Cuando ya anochecía, llegamos a un desvío del camino y nos condujo hasta un gran páramo que se extendía hacia el oeste, y no dijimos nada, limitándonos a seguirle. No os diré dónde estaba ese lugar. Cuando llegamos al túmulo hacía ya mucho tiempo que habíamos perdido de vista el camino.

— Helo aquí —dijo Jamie—, y creo que acamparé para pasar la no che. Si deseáis uniros a mí, seréis bienvenidos.

No era más que una pequeña elevación surgiendo del páramo; se habría podido confundir con una colina natural salvo por lo redondo y pulido de sus contornos. No crecían árbol ni espesura alguna, sólo la rala hierba con que se apacentaban las ovejas, pero más verde y brillante de lo que es común. No había nada de temible en él.

—He pasado noches en sitios peores —dice Tom.

Prendimos una pequeña hoguera.

—Ah, qué agradable es todo esto —dice Jamie el Negro. La oscuridad se agitaba incesante

a nuestro alrededor—. Quizá os sorprendería todo lo que sé y lo que jamás he contado a nadie —continúa diciendo—. Pero habiendo sido tan amables como para otorgarme vuestra compañía, me parece que hay un secreto que no hallaréis en vuestro libro de alquimia. Ya habéis oído decir que el oro encontrado en los túmulos es más blando y rojizo que el metal común procedente de las minas. Sabed, entonces, que este oro rojo de los antiguos reyes no es meramente el metal que usan los orfebres, sino la misma esencia y el espíritu del oro. En sí mismo, es el Elixir.

— Entonces, ¿por qué los que han encontrado este oro antiguo no han descubierto lo que era? —le pregunté.

—Ah, en ello radica el meollo del asunto. Se han introducido en ellos por la fuerza como simples ladrones de tumbas, ¿comprendéis? Y cuando se roba el oro de tal forma, su virtud lo abandona. Debéis entrar en el túmulo de forma pacífica y humilde, y dejar que el oro os sea entregado con toda libertad, cual un presente.

—¿Nos estás diciendo que eso se encuentra en las manos de algún hombre mortal? — preguntó Torn.

—No es fácil —contesta Jamie — . mas yo soy el hombre que puede explicaros el modo. Si lográis entrar en el túmulo, lo compartiremos todo.

Nos quedamos sentados en silencio, mirándole y pensando que se mofaba de nosotros, y entonces él siguió hablando con mayor premura.

— Por supuesto que sólo hay una noche en todo el mes en la cual puede hacerse.

Mientras hablaba, el gran círculo plateado se alzaba por encima del borde del páramo para mirarnos. Era la noche de la luna llena.

— Si conoces el modo —dije yo—, ¿por qué no lo consigues para ti?

— Ésa es la razón —contestó, y extendió hacia nosotros su mano derecha, que hasta ahora había mantenido oculta; y en verdad que sólo era media mano, el indice y el pulgar, y le faltaban tres dedos — . Nadie puede entrar en el túmulo si no está entero.

Habría sido propio de niños preguntarle a qué se debía eso.

—Bien, entonces... —empezaba a decir Tom, pero Jamie alzó su índice solitario y lo agitó ante él.

—Tuno.

Tom se había herido en el pie cuando era un niño y había perdido el dedo pequeño; era una cosa tan nimia y tan vieja que hasta él mismo la había olvidado. Y aunque era seguro que Jamie jamás le había visto sin las botas puestas, lo sabía. Y ahora Jamie me estaba observando.

Que me mire, pensé, e intenté acordarme de todas mis peleas y palizas; tenía cicatrices suficientes para dar cuenta de todas ellas, pero nunca había perdido ningún miembro. Quizá de vez en cuando hubiera corrido el peligro de perder una oreja o algo similar por culpa de la ley, a causa de esta o aquella fechoría pero no había sucedido, ya que nunca llegaron a cogerme.

—¡Cicatrices! —dijo Jamie con voz impaciente — . No. ¿cómo puede alguien llegar a hombre sin tenerlas? Eso no es nada. Podrías hacerlo.

—Entonces, lo haré —dije.

Hermano Albertus, debéis comprender que éste es el más mortal de todos los pecados de los que os he hablado. Yo sabía muy bien que estaba comerciando con los espíritus malignos, poniendo con ello en peligro mi alma inmortal y. sin embargo, entré en tal trato a sabiendas. Por ello me alegrará sufrir la penitencia que deba imponérseme, y haré una peregrinación si con ello puedo limpiar mi alma de todo eso. Bien, y ahora debéis oírme atentamente, para

saber cómo fue todo.

Jamie dijo que debíamos erguir una cruz negra invertida y que me enseñaría un hechizo gaélico antiguo, y que luego... Cuando lo estaba explicando se quedó callado de repente, y me contempló con la cabeza ladeada. Sonriendo, si a esa mueca se la podía llamar sonrisa.

—Muchacho, hay algo que deberías saber antes de seguir adelante con esto —me dice—. Entrarás ahí siendo un hombre entero, pero no saldrás sin dejar alguna parte de ti en sus manos. Y será la que ellos escojan.

No me gustó cómo sonaba eso. Podía imaginar bastante bien el ceder un dedo o dos. ya fueran del pie o de la mano, e incluso una oreja, pues el oro rojo bien lo valdría; pero hay otras partes que a un hombre no le gustaría nada perder, y algo de eso le dije a Jamie el Negro.

— No temas —dijo él — , jugarán limpio contigo y no tomarán más de lo que tú puedas cederles. Aunque se lleven uno, te dejarán el otro — dice, y de nuevo deja escapar ese chirrido suyo que podríais llamar risa.

Seré franco con vos, hermano, si os digo que no me tranquilizaron mucho sus palabras, pero ya era demasiado tarde para que me flaqueara el ánimo- Y, con toda la seca frialdad de que fui capaz, le repliqué con las primeras palabras que me vinieron a los labios:

— Entonces, ¿fueron ellos quienes se llevaron tus tres dedos?

Primero no dijo nada, y luego habló en el viejo idioma gaélico. y sus fríos ojillos se clavaron en mí. dejándome helado; y el silencio podría haber perdurado hasta que todos nos hubiéramos convertido en bloques de hielo, allí sentados, de no ser porque Tom habló.

— Eh. adelante con ello, hombre —dice—, cuéntanos qué más necesitamos saber.

Y asilo hizo.

Primero debía aprender las palabras del viejo hechizo gaélico. Y mientras la luna trepaba por el cielo. Jamie luchó pacientemente conmigo hasta asegurarse de que las pronunciaría bien. No osé preguntarle lo que significaban, y estoy bastante seguro de que tampoco me lo habría contado; no era necesario que lo supiera, bastaba con que las pronunciara correctamente. Y. por último, se convenció a su satisfacción de que podría hacerlo. Así pues, subí hasta la cima del túmulo y puse en el suelo esa cruz blasfema, y di tres vueltas a su alrededor, andando de espaldas y diciendo las palabras que había aprendido; y aunque quisiera, no me sería posible decíroslas ahora, pues apenas hubieron servido a su propósito se borraron de mi cabeza. Entonces me tendí de espaldas junto a la cruz negra, y abrí mis ojos para que los bañara la luz lunar. Y si pasó el tiempo mientras yo estaba ahí tendido, o si se detuvo por completo, es algo que ignoro: no me di cuenta de que ocurriera nada, sólo de que estaba en otro lugar.

Sentí un espacio rodeado de muros, y pese a ello había una gran distancia en todas direcciones, y los muros no podían ser vistos, así como tampoco techo o cielo algunos; había luz. suave y no brillante, pero resultaba imposible decir de dónde venía. Oí un susurro de aire limpio en movimiento; en algún lugar percibí la oscuridad de los árboles, y un olor de viejo bosque creciendo mucho más frondoso sobre la tierra de lo que crece ahora. Y había hombres en el bosque, aunque no pude verlos ni oírlos.

Entonces un hombre se alzó ante mí. allí donde antes no había nadie. No era ningún gigante, pero sí robusto y de poderosa constitución, con una gran barba gris y fieros ojos de anciano, que me contemplaban bajo un ceño fruncido. Vestía un faldellín y se cubría un hombro con una piel de lobo y en su mano había una espada muy brillante; y alrededor de su cuello y en cada brazo llevaba gruesos aros de oro rojizo. De ese modo supe que era un rey.

Habló, y su voz era tan profunda como el ronco batir de los tambores: sus palabras me

resultaron extrañas, pero la atmósfera de ese lugar las capturó y las retorció, del mismo modo que la luz solar se desparrama por entre las hojas, creando dibujos siempre nuevos, y supe cuál era su significado.

— ¿Ya es la hora? —preguntó.

Debí de mirarle con expresión de estupidez, pues se movió con un ademán impaciente y su espada emitió un tintineo.

— ¿No tienes orejas, patán? ¿Has venido al fin para llevarme contra los enemigos de la Tierra?

En ese mismo instante pensé en el gran rey Arturo, de quien se sabe que un día ha de volver y luchar por nosotros; pero todo el mundo sabe también que Arturo está enterrado en Glastonbury y, además, era un caballero cristiano y no un salvaje ataviado con la piel de un lobo. Y entonces comprendí que bien podía haber más de un rey de la antigüedad montando guardia en nombre de la Tierra. Recobré por fin el uso de mi lengua, y le respondí:

—Señor, os doy las gracias por vuestra bondad, pero puedo deciros que hemos vencido a nuestros enemigos, pues tenemos a un fuerte gue rrero por rey.

—Ah —dijo él y asintió — . Eso es bueno. ¿Les habéis expulsado de las playas?

—Oh, jamás llegaron tan lejos —le contesté yo—. Señor, os regocijaría el corazón ver el modo en que nuestro rey Guillermo cruzó las aguas para matarles, y cómo volvió a casa con tan gran triunfo.

—Bien, muy bien. Entonces, puedo dormir un poco más. —Sus hombres habían salido del bosque y ahora se encontraban detrás de él; vi un destello de muchos ojos y la sombra de manos agarrando grandes mazas. Les indicó que retrocedieran con una seña—. Debéis aseguraros de tener las playas fuertemente vigiladas —dijo con voz inflexible — . Siempre vienen por ahí...

— Las vigilaremos —le prometí. Y entonces pensé que se deben cuidar mucho los modales cuando se habla a un rey, así que hinqué una rodilla en el suelo y me quité la gorra, tal y como debía haber hecho antes.

Para todo esto no hizo falta tanto valor como podríais pensar, pues había algo en ese sitio que parecía justificar mi presencia allí; todo era parte del encantamiento—. Gran rey —dije—, me he atrevido a venir aquí para deciros que la Tierra está a salvo y que podéis reposar en paz. En mi época, señor, pensamos que quien trae buenas noticias merece una recompensa, y si place a vuestra señoría pensar de igual modo, os pido con la mayor humildad que me entreguéis sólo una pequeña muestra de vuestro oro rojo.

Sonrió; ¡oh, hermano Albertus. jamás habéis visto sonrisa semejante! Se vislumbraba la calavera sonriendo bajo la carne, y entonces supe que todos mis pensamientos secretos y mi deseo de oro eran transparentes para él. Y, con todo, no pareció enfadarse.

— Que así sea —dijo y, sacándose el aro que llevaba en el brazo izquierdo, me lo entregó.

Al tocarlo por primera vez. mis dedos sintieron una quemadura parecida a la del hielo; y luego sentí el calor y la vida de mi mano fluyendo dentro de él, y ya no estuvo más frío de lo que metal alguno debe estarlo.

— Señor, os doy las gracias humildemente *y* de todo corazón —con testé yo.

Mi voz era ronca y apagada, y me encontraba solo en un pequeño recinto penumbroso, con apenas la luz suficiente para ver lo que yacía ante mí en el polvo sobre e! que seguía arrodillado: huesos viejos y limpios de toda carne, huesos que nadie había molestado en su

reposo, con los brazos alineados junto al cuerpo. Alrededor del cuello y del brazo derecho había aros de oro, pero nada había en el brazo izquierdo... sólo una señal reciente en la tierra bajo el largo hueso de ese brazo, corno si de allí se hubiera quitado algo.

Y entonces me hallé tendido en lo alto del túmulo bajo la claridad lunar, y habría pensado que todo fue una mera visión de no ser porque en mis manos tenía la banda de metal rojizo: estaba limpia y brillante, no corno algo que hubiera sido extraído de la vieja tierra, y ahora pude ver unas tallas de forma retorcida, cual si fueran alguna especie de escritura. Abajo, ante una hoguera, distinguí las siluetas de dos hombres esperando. No me costó mucho tiempo recordar quiénes eran. Bajé hasta ellos y les dije: «Aquí está el oro»: y me derrumbé de bruces.

Luego hay un espacio de tiempo que no recuerdo, y después de eso me hallé sentado junto al fuego, con Tom sosteniendo el frasco de cerveza ante mí para que pudiera beber, y el aro brillando en el suelo a la luz de la hoguera.

Jamie el Negro alargó una mano hacia él en un gesto lento y despreocupado, mientras los dos le observábamos. Tom con el cuchillo ya preparado.

—Se me dio como un regalo por propia voluntad —dije yo.

—Sí, lo sé —dijo Jamie el Negro. Lo tomó en sus manos y le dio la vuelta, cual si fuera capaz de leer esa vieja escritura. Me pareció que pa saba un largo tiempo antes de que volviera a dejarlo cuidadosamente en e! suelo, sin permitir jamás que sus ojos fueran hacia el brillante cuchillo de Tom—. Ahora —prosigue —, debemos dividirlo en tres partes.

No era tan fácil; la joya era preciosa y no nos gustaba la idea de golpearla brutalmente con piedras. Jamie cogió un guijarro de aspecto ordinario y trazó un par de líneas sobre él con la joya, murmurando algunas de sus palabras gaélicas; luego lo pasó rápidamente una vez por entre las llamas.

— Ahora, golpéalo con tu piedra —dijo.

Obedecí, y el aro quedó dividido limpiamente en tres pedazos. Uno de ellos, un poco más pequeño que los otros, conservaba la mayor parte de la inscripción. Tom y yo nos quedamos muy quietos, sin tocar los fragmentos de oro, esperando.

Jamie cogió el más pequeño y se lo guardó en su faltriquera. Luego dio un salto repentino por el aire, haciendo entrechocar sus talones y llevándose un dedo a la nariz y. ¡pssst!. se esfumó.

Los dos nos persignamos rápidamente, temblando, temiendo que habíamos tratado con el diablo en persona. Pero yo dije:

— Puede que sea un gales, o incluso un escocés, pero no pienso que sea un demonio, pues, entonces, ¿por qué habría necesitado nuestra ayuda? Y debes recordar cómo roncaba, igual que un hombre corriente.

— Bueno —dice Tom —. siempre supimos que era un hechicero.

Fuera lo que fuese, ahora nos habíamos librado de él y le conté a
Tom todo lo que había ocurrido, igual que os lo he estado contando. Meneó la cabeza y lanzó un suspiro:

— ¡Ah, Hamo. Hamo! ¡Qué maravillosa aventura! ¡Si pudiera haber ido contigo!

Entonces recordé la razón de que no pudiera venir, y todo lo demás, y mis dedos empezaron a temblar, impacientes por librarme de mis ropas, mientras Tom me ayudaba. No podría respirar mientras no descubriera lo que se me había quitado. Los dos miramos con gran cuidado y no faltaba parte alguna de mi cuerpo, nada, ni tan siquiera la uña de un dedo del pie. Tom se rió.

— ¡ Ah, apostaría a que se estaba burlando de ti! Estoy seguro de que a ese bastardo de negro corazón, ya sea hombre o demonio, le pareció

una broma muy graciosa.

Pero yo seguía sin estar convencido: si no habían robado nada de la superficie exterior de mi cuerpo, aquella que era visible, entonces, ¿qué habían cogido? Examiné lentamente todo mi ser —algo que no resulta fácil, hermano, aunque sea sencillo el decirlo— , y sentí que era e! mismo hombre que había sido siempre. Ah, sí: estaba maldito, aunque no lo sabía; todavía no.

Tom lanzó otro gran suspiro que salía de lo más hondo de sus entrañas, y dijo:

— ¡Hamo, piensa en qué maravillosa canción saldría de todo esto! Hablar con un viejo rey muerto y conseguir el oro rojo...

Sabía muy bien cuál era el anhelo de su corazón. Siempre deseó realmente ser un bardo, un trovador; no para ganarse la vida engañando a la gente con hábiles trucos, sino para ganársela con alegría y alabanzas, como narrador y cantor de historias. No podía hacerlo; no estaba dotado para ello, así como tampoco lo estaba yo. ¿Qué os parece, hermano Albertus? ¿Pensáis que todos sienten en su interior una pena incurable por algo espléndido que jamás podrán hacer?

Nos era imposible hacer esa canción; así que nos limitamos a quedarnos inmóviles hasta que hubo luz suficiente como para vernos las caras y los dos fragmentos de oro rojo, que se hallaban sobre el suelo entre nosotros.

No hicimos gesto alguno para tocarlo. La luz iba creciendo, el sol se alzaba en el cielo y. finalmente, un dedo de sus rayos se deslizó sobre el túmulo, señalando el oro. No nos habría sorprendido que se derrumbara convertido en polvo, como dicen que ocurre al oro de las hadas cuando el alba lo toca. Pero no fue así; su brillo se hizo más fuerte con el sol. se empapó de la luz y la devolvió en un resplandor glorioso, y casi se habría podido pensar que el oro estaba vivo, y que había sufrido con la os-
curidad de todos esos años bajo la tierra, y que ahora cantaba de alegría. Era nuestro, el auténtico oro rojo...

He llegado ya a la parte triste de mi relato, hermano Albertus, y os pido que me escuchéis con toda vuestra compasión.

No perdimos el tiempo y pronto hallamos un lugar cómodo y protegido donde nos fuera posible disponer nuestros hornos y crisoles, y trabajamos ansiosamente para hacer todo cuanto en el libro se decía, empleando nuestro oro rojo como Elixir, del que debía bastar con una minúscula porción para cambiar toda la mezcla dándole su propia y pura naturaleza, la del oro auténtico. Bien... Para decirlo brevemente, jamás pudimos obtener más oro del que pusimos en ella.

Un día encontré a Tom sentado con las manos en la cabeza, casi a punto de llorar, y me dijo:

— Cargo con la inmensa culpa de haberte hecho pensar que soy mucho más instruido de lo que realmente soy. Hamo. Puedo leer las palabras secretas de nuestro libro, las que dicen «Apodérate del dragón y mátalo, saca sus entrañas, trae el león verde a la corriente del Nilo». y todas las demás, pero te confieso que no tengo idea alguna de lo que significan esas cosas, ni de lo que los viejos maestros nos indican debemos hacer.

Yo había empezado a sentir ciertas dudas, pero me apenó ver a mi pobre amigo tomando sobre sí todo el peso de nuestro fracaso, y le dije:

—Tom, pienso que no deberíamos haber confiado tan prestamente en ese tal Jamie.

—Oh. ¿no poseía acaso un potente hechizo? ¿No te llevó al interior del túmulo tal y como dijo que haría? Y ciertamente debía conocer el valor del oro rojizo, pues lo deseaba para él mismo.

—Cierto —dije yo—. pero no estoy tan seguro de que deseara el oro

como la inscripción secreta que había en él. Es muy probable que se tratara de una vieja magia de gran excelencia y poder.

—¿Quieres decir...? ¿Piensas que...? — Tom se iba llenando lenta mente de ira y su rostro enrojeció — . ¿Cuando nos dijo que el oro rojo era el Elixir...?

—No diría que estaba mintiendo —le respondí yo—, sólo que tengo dudas sobre ello.

Tom no las tenía. Su gran puño se estrelló sobre la mesa haciendo caer al suelo las cucharas.

— ¡Ah. ese miembro deforme de Satanás! Esa... esa criatura... ¿se atreve a engañarnos... a nosotros? ¡Le arrancaré el corazón con las manos, por las entrañas de Dios que lo haré! Le veré colgado de los talones, y le quitaré las tripas para dárselas de comer... le… le…

Ignoro el resto de lo que tenía planeado; pues todo lo que dijo después fue en la lengua de Cornualles. Aguardé hasta que se cansó, y entonces dije:

— No está en nuestra mano perseguirle, Tom, bien lo sabes. Somos dos hombres sencillos que intentan ganarse honestamente la vida, y él es un hechicero.

Lo sabía, cierto, y se quedó allí sentado, triste y abatido como le ocurre siempre al agotarse su ira. y dijo:

— Entonces, debemos volver a nuestro viejo oficio. Tenemos oro...

Y eso hicimos. No puedo hablar demasiado de esto, hermano, pues el horror todavía me acompaña. Encontramos un patrono, nos sentamos a beber con él y Tom le habló con erudición, como tan a menudo había hecho; yo. el humilde ayudante, aguardé hasta que Tom se volvió hacia mí y dijo; «Mirad, mi buen ayudante tiene algo que mostraros»; entonces, yo debía desenvolver la barrita de oro rojo y decir; «Mirad, señor, éste es un pequeño trozo del oro que hemos fabricado».

Y no pude hacerlo. Sentí que las palabras luchaban unas con otras en mi garganta, y supe lo que ocurriría si hablaba; así que tuve el ingenio suficiente para caer al suelo, echando espuma por la boca, y oí que Tom decía: «Pobre hombre, hacía ya un mes que no tenía ninguno de estos ataques», y, no sé muy bien cómo, logró sacarme de allí. En esos momentos, ciertamente temía por mí. e imaginó un veneno o alguna horrible enfermedad, pues sabía muy bien que yo jamás padecí ataque alguno.

¡Ah. la verdad era mucho peor de lo que él pensaba! Pues estaba maldito; ahora sabía qué terrible mutilación había hecho caer sobre mí el viejo rey. Me había robado e! poder de mentir.

¡Mucho mejor habría sido que me robara una oreja, o incluso un ojo! ¡Pensad, hermano, aunque sólo sea por un momento, cuánto dependen vuestro bienestar o incluso, quizá, vuestra vida, de la habilidad que tengáis para mentir! No se os ocurra decirme que en eso el monasterio es distinto del resto del mundo, pues no os creería. ¿Podríais hacer frente a un solo día de vuestra vida sabiendo que no os sería posible pronunciar palabra que no fuera cierta, por muy grande que fuera la necesidad de hacerlo? ¿No preferiríais estar obligado al voto de silencio? ¿Os resulta imposible compadecerme, hermano Albertus? Sí, veo que me compadecéis y os agradezco vuestras lágrimas. No habría podido llorar mejor en mis viejos días de maldad, cierto que no, ni tan siquiera con la mejor de todas las cebollas...

He luchado contra mi desuno, con la esperanza que la maldición se debilitara con el tiempo. Más de una vez, hablando con vos, he intentado mentir un poco, sin intención de engañaros, al igual que se pone a prueba un brazo herido para ver si ha curado lo suficiente y es posible ya utilizarlo. No ha servido de nada; las palabras que intentaba torcer han salido perfectamente rectas de mis labios. He sido incapaz de contaros nada que no fuera la más

estricta verdad... Veo que meneáis la cabeza, ¿acaso pensáis que ello es imposible? Pensad un poco, hermano, vos tenéis la mejor de todas las razones posibles para creerlo. ¿No soy yo quien os lo dice? Y yo soy Hamo el Maldito, el que no puede mentir.

Cuando Tom entendió lo que me había ocurrido, le supliqué me dejara separarme de él y seguir mi propio camino, pues estaba seguro de que ya no podía serle de ninguna utilidad.

— Mi pobre amigo —dijo él —, jamás podrías abrirte paso en el mundo, solo, con semejante maldición sobre ti. Pensemos en lo que podríamos hacer.

No pienso abrumaros con una larga historia sobre esos días horribles. En nuestra desesperación llegamos a pensar en abrir una honesta tienda de telas, pero no estábamos dotados para ello; nada fue bien, en muy poco tiempo nos hallamos ahogados por las deudas, y mi pobre Tom acabó yendo a la prisión de los deudores. Aún teníamos nuestro oro rojo, enterrado en un lugar seguro, mas no habría sido bastante, y. de todos modos, no podíamos permitir que se apoderaran de él. Contiene grandes virtudes, aunque no sean las del Elixir.

Así pues, logré despistar a los hombres del sheriff y en secreto le dije a Tom que conseguiría el dinero para liberarle, y luego me fui al bosque, como deberíamos haber hecho en primer lugar. Ya casi tenía lo suficiente para sus necesidades cuando tuve la mala fortuna de matar a ese mercader en el camino, y ahí habría terminado mi lamentable historia, de no ser por la santa bondad de vuestro monasterio.

Quizá penséis que para quien ha visto tantas aventuras como yo resulta tediosa la perspectiva de seguir viviendo como un simple mortal, mas a mí no me parece así; le estoy realmente agradecido a Dios por este mundo lleno de encantamientos que nos ha dado y, ¿quién sabe qué otras alegrías y maravillas puedo encontrar todavía en él? Así pues, he decidido no aguardar a que transcurran mis cuarenta días en el santuario. Mi buen amigo Tom se halla ya fuera de la prisión, y os ruego que no me preguntéis cómo llegó a arreglarse tal asunto, y me espera. Probaremos fortuna con nuestros camaradas del bosque o puede que en alta mar; Tom tiene un primo que capitanea su propia nave como mercader libre, aunque supongo que ciertas personas le llamarían pirata.

Es inútil luchar, hermano Albertus. soy más fuerte que vos. No deseo haceros daño alguno; ¿acaso no hemos gozado de todos estos días y horas de amistosa conversación? Pese a todo, debo ganar el tiempo necesario para marcharme cautelosamente de este lugar, ¿comprendéis?, y es por ello que debo ataros las manos y los pies... no estará demasiado apretado, ¿verdad? Sí. vuestros hábitos me quedan muy bien, ya lo sabía. Lamento no poderos dejar mis calzones, mas podéis quedaros con esta vieja capa hasta que vuestros hermanos os encuentren. No pasará mucho tiempo hasta que ello suceda.

Oh, cierto, el abad... ¿Decís que le había prometido el modo para que pudiera hacer oro a partir del plomo?

Con todo mi respeto, hermano, yo no dije tal cosa. Mirad de nuevo lo que habéis escrito; allí encontraréis mis palabras: «todo cuanto sé sobre la fabricación del oro...», ¿y acaso no es eso. exactamente, lo que os he estado confesando? Un instante; debo atar bien este pedazo de tela sobre vuestra boca. No puedo permitirme que empecéis a gritar demasiado pronto... Está bien, sabréis cuál es ei último secreto. Decidle a vuestro abad que coja toda su vajilla de plata, todas sus joyas y sus herramientas, sean del metal que sean, y todos los documentos donde se
consignen las riquezas que posee la abadía en tierras y ovejas, y que vaya al mayor orfebre de la ciudad de Londres y le diga: «Dadme el oro que valga todo esto». De ese modo podrá transmutar todos los objetos en oro, sean los que sean. Ésta es la verdad, exacta y perfecta; yo. Hamo, os la he contado.

¿Os inquieta algo, hermano Albertus? No, nada de abrumar vuestro bondadoso corazón con temores sobre mi seguridad. Me encontraré muy lejos antes de que puedan

perseguirme. Adiós y recordadme en vuestras plegarias. *Paxtecum.*